VALORES DEL TRABAJO EN LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad «A. Rovira i Virgili», de Tarragona

Perspectiva católica sobre el trabajo

Uno de los poemas de *Viento del pueblo* lleva por título «1.º de mayo de 1937», título que declara inequívocamente su contenido. Como es bien sabido, otros autores escribieron composiciones sobre dicho tema durante la guerra civil. Pero una de las peculiaridades de Hernández estriba en que, siete años antes, en concreto el 17 de marzo de 1930, ya fechaba la creación poética, de carácter hímnico, «Al trabajo». Con tales versos, el poeta quiso después contribuir a la conmemoración del día de los trabajadores que tuvo lugar el uno de mayo de dicho año en el Círculo Obrero Católico orcelitano. Miguel no leyó personalmente el texto, en el que se refleja la posición ideológica del sindicalismo socio-religioso de Orihuela. La ideología del Círculo Obrero Católico, dirigido a la sazón por Luis Almarcha, contemplaba el trabajo como fuente de santificación, a la vez que proponía a los patronos la práctica de la caridad, y a los obreros un comportamiento que entonces ya no consistía en un resignarse ante las circunstancias, sino en la militancia contra el socialismo.

«Al trabajo» es un extenso poema de trece estrofas de seis versos. En total, la composición consta de 78 líneas métricas de dieciséis sílabas cada una. Entre los diversos aspectos del contenido de este texto, llama especialmente la atención la vertiente religiosa del mismo. El trabajo es calificado por Hernández como «ley vital», «cruz forzosa» para los impecunes y aun «bendita cruz». El himno culmina con una sentencia ilustrativa de la concepción católica subyacente en estos hexadecasílabos: «¡El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios!». Puede ser útil anotar, además, que en este himno se anticipan algunas nociones que, con el tiempo, Hernández reelaborará en la prosa titulada «Fiesta del trabajo», así la del ligamen entre vicio y ociosidad, entre trabajo y virtud:

> ¡Glorias, glorias al trabajo, mar inmenso donde flota
> el cadáver de los vicios como barca frágil rota,
> donde surgen ideas puras, donde nace lo inmortal![1]

La misma impregnación de fondo se transluce no ya en otros versos de la época, sino incluso en poemas de años posteriores, así en «PROFECÍA - sobre el campesino», en la que inculpa al trabajador a causa de su lucha social reivindicativa. M. Hernández alude negativamente a conceptos como expropiación y a emancipación, y a los campesinos los tacha de airados, faltos de amor por sus labores, de ambiciosos, de anti-fraternos, de vagos y, en fin, de responsables no sólo de las diversas calamidades del sector, sino de sus próximas catástrofes. El poema propone un mensaje de conformismo y de

entrega incondicional a las tareas campestres, pero bajo la advocación divina. Hernández profetiza:

> Día vendrá un cercano venidero
> en que revalorices la esperanza,
> buscando la alianza
> del cielo y no la guerra[2].

Y efectivamente llegó el día de la esperanza, pero para el propio Hernández fue el día de una esperanza de signo contrario, puesto que en los versos del poema «Sonreídme» ya no aspiró a aliarse con el cielo, sino con la tierra. En este sentido, esta composición constituye la antítesis de «PROFECIA - sobre el campesino», a la par que es indicio de un nuevo rumbo ideológico, giro revolucionario que repercutirá en un enfoque del tema del trabajo muy distinto del que se evidencia en «PROFECIA - sobre el campesino». Se está aludiendo a los textos sobre la fiesta de los trabajadores que escribió en 1937.

La fiesta del trabajo en 1937

Miguel Hernández fue acaso el único escritor contemporáneo que contribuyó doblemente a la celebración de un primero de mayo concreto, y sin acaso el único que, según nuestras noticias, ha elegido la prosa y el verso para expresar su testimonio en torno a tal fiesta obrera. He aquí una primera singularidad hernandiana que traduce el énfasis y entusiasmo que, como nadie, puso el autor de *Viento del pueblo* en aquella fecha. En efecto: en la revista *Frente Sur*, editada en Jaén durante la guerra civil española, y concretamente en el número que corresponde al día primero de mayo de 1937, publicó dos colaboraciones, una en verso y otra en prosa, inspiradas en la efemérides de la jornada de los trabajadores, como indican los respectivos títulos, «1.º de mayo de 1937» y «Fiesta del trabajo». Desde luego no iba Miguel Hernández a desaprovechar la oportunidad de tal fecha para conmemorarla de manera muy ostensible. Era de prever en quien pensaba que el de poeta es un oficio, una tarea laboral, y por ende creía que los poetas estaban obligados a plasmar el tema del trabajo en sus composiciones. Al respecto, no se olviden los versos de un conocido poema de *El hombre acecha* en los que instó a otros poetas para que se inspiraran en aquella temática:

> Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias,
> Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio,
> Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos:
> por lo que enloquecemos lentamente.
>
> Hablemos del trabajo, del amor sobre todo,
> donde la telaraña y el alacrán no habitan.
> Hoy quiero abandonarme tratando con vosotros
> de la buena semilla de la tierra[3].

Un análisis de los textos hernandianos a propósito del primero de mayo implica considerar qué elementos de contenido los integran, así como su tratamiento, y tal análisis es preciso que se lleve a cabo en función de tres factores: los tópicos temáticos ligados a la literatura en torno a la fiesta; los rasgos particulares que remiten inequívocamente a un escritor determinado, en este caso a Miguel Hernández, y las variables históricas concretas en las que se inscribe cada creación literaria conmemorativa.

En esta inteligencia, conviene ya extraer los ingredientes tematológicos de ambos escritos de Miguel Hernández. Empezaremos por la prosa «Fiesta del trabajo»[4], dado que su carácter declarativo facilitará nuestro objeto. He aquí, pues, esos componentes: la

primera idea afirma que trabajar es una fiesta para el hombre «saludable» y «sin vicios», cuyo cuerpo –huesos, carne– disfruta en la labor, y cuya piel se ofrece hermosa al realizar la tarea. La segunda idea sostiene que sólo el que trabaja puede conocer qué sea el descanso. Acto seguido, el poeta expresa su repugnancia hacia los ociosos. En otros textos hernandianos también pueden leerse estos mismos asertos, en los que subyace una perceptible dimensión ética y moral, pero no religiosa, dada la fase de su encrucijada política en la que se hallaba el escritor. Así en el acto primero, II escena, del drama de 1935 *Los hijos de la piedra*. Seleccionaremos ahora el fragmento en cuestión, en el que un minero censura a los que viven como paralíticos, el leñador manifiesta que no se goza del reposo si no se ha trabajado, y luego aquel minero afirma que el trabajo facilita la conducta virtuosa:

> «Minero 4.
>
> –No quisiera ser un paralítico.
>
> Minero 5.
>
> –¡Ay de los que no lo son y hacen la vida de paralítico!
>
> Leñador.
>
> –Esos no conocen la condición de la tierra, ni la paz del domingo y el sueño, ni el valor de un jarro de agua o vino al final de una jornada.
>
> (...)
>
> Minero 5.
>
> –El trabajo espanta los malos pensamientos, mantiene la paz en Montecabra, evita los crímenes y los robos y no deja crecer en la huerta la ortiga, en la casa el polvo y en el barbecho el cardo»[5].

Este fragmento de *Los hijos de la piedra* tiene unos contenidos sensiblemente semejantes a los de la «Fiesta del trabajo» que ya se han extractado. De hecho, el texto teatral sólo difiere en silenciar la referencia a la hermosura del hombre cuando trabaja, una hermosura que sí consta en el decurso del poema «El sudor», de *Viento del pueblo*, versos en los que también se proclama la hermosura derivada del trabajo, a la par que le es negada al ocioso:

> Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yertos
> en el ocio sin brazos, sin música, sin poros,
> no usaréis la corona de los poros abiertos
> ni el poder de los toros.
>
> Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
> la encendida hermosura reside en los talones
> de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados
> como constelaciones[6].

En «El sudor», la plasmación poética de la hermosura del trabajo no oculta el testimonio de la dureza del mismo, penalidad silenciada en su prosa lírica conmemorativa. Desde este ángulo, este poema merece, con quizá más rigor que los textos hernandianos sobre el primero de mayo, el calificado de «canto celebrativo, himno al trabajo y a los trabajadores»[7].

El autor de *Viento del pueblo* da una razón de índole cronológica y poética para justificar que la fiesta se celebre el día de referencia: «En mayo –escribe– ocupa el trabajo su mediodía. Por eso los jornaleros aprovechan su fecha primera para festejarle». Más adelante sentencia que «El amor también es trabajo» y lo fundamenta en el gran fragor amoroso de estas calendas, en las que la fecundidad de la tierra y de la mujer se

producen como nunca. Trabajo y amor hacen nacer una armonía y una música característica. La teorización sobre mayo acaba con las tesis recién sintetizadas.

La segunda parte de la «Fiesta del trabajo» glosa la efemérides concreta de 1937, observando cómo los valores laborales, así como los de la fecundidad de la tierra y de la mujer, se conjugan, en aquella hora de España, con el imponderable bélico. En el mayo de 1937, mes de mayo que exige más empeño militar que otros meses, acaso se decida la victoria del pueblo contra el fascismo, postula Miguel Hernández, para quien los trabajadores, sobre todo los trabajadores jóvenes, constituyen lo más genuino del pueblo, y por ende del ejército republicano, como se desprende de tantas composiciones suyas de aquel entonces. En ellas convoca el poeta a la lucha a los individuos de los diferentes pueblos de España, interpelados conjuntamente en virtud de que, por encima de particularismos de origen, les une una situación social común, la pertenencia a la clase de los trabajadores. «Fiesta del trabajo» acaba refiriéndose a la lucha popular contra el fascismo mediante una comparación y una imagen agrícola. Del pueblo proclama que combate «como las espigas paneras contra el fascismo de malos jaramagos y tizones», empleando, por ende, un lenguaje tropológico que reviste más elaboración que la requerida por el tópico comparativo con el que finalizó el artículo «El deber del campesinado», donde se dice: «Que caiga principalmente sobre nosotros, campesinos, la gloria de ahogar en las trincheras al fascismo, como ha caído siempre la de ahogar en los surcos a la cizaña»[8].

Algunas de las ideas de la prosa «Fiesta del trabajo» se formulan de otro modo en el poema «1.º de mayo de 1937». Ejemplo: se hace patente la potencia del mes en los animales, las plantas y las flores, en la fuerza inusitada del trabajo y en la extraordinaria violencia de la guerra. Entre las ideas que no se reiteran, anotamos que en la composición poética no existe la más mínima alusión a la temática amorosa ni a la fecundidad femenina. Por último, consignamos que en el poema se hace referencia a los muertos de guerra y sobre todo a los caídos de la juventud, aspecto que no aparece en las líneas del artículo hernandiano. Podemos apostillar, en suma, que con ambos escritos completó Hernández todos los tópicos esperables sobre el primero de mayo, puesto que poema y prosa poética reinciden en algunos, y cada uno aporta en exclusiva algún lugar común al conjunto.

Por otro lado, el tono de la composición «1.º de mayo de 1937», e incluso algunos de sus registros formales e imaginísticos, hacen pensar en versos del «Juramento de la alegría», poema al que pertenecen las siguientes estrofas:

Es un pleno de abriles,
una primaveral caballería,
que inunda de galopes los perfiles
de España: es el ejército del sol, de la alegría.

Desaparece la tristeza, el día
devorador, el marchitado tallo,
cuando, avasalladora llamarada,
galopa la alegría en un caballo
igual que una bandera desbocada.

A su paso se paran los relojes,
las abejas, los niños se alborotan,
los vientres son más fértiles, más profundas las trojes,
saltan las piedras, los lagartos trotan[9].

La alegría es figurada, así pues, como una caballería que convulsiona cuanto encuentra a su paso, sean objetos, animales, personas, y seres del mundo vegetal. De

modo análogo da comienzo el poema «1.º de mayo de 1937», en el que el vigor de mayo ocasiona fenómenos equiparables a los de la alegría que se proyecta con el empuje de la primavera:

> No sé qué sepultada artillería
> dispara desde abajo los claveles,
> ni qué caballería
> cruza tronando y hace que huelan los laureles.
>
> Sementales corceles,
> toros emocionados,
> como una fundición de bronce y hierro,
> surgen tras una crin de todos lados,
> tras un rendido y pálido cencerro.
>
> Mayo los animales pone airados:
> la guerra más se aira,
> y detrás de las armas los arados
> braman, hierven las flores, el sol gira[10].

No pueden extrañar las interconexiones semánticas entre los poemas «1.º de mayo de 1937» y «Juramento de la alegría», entre otras razones porque Miguel Hernández vislumbraba por entonces como posible el logro de la alegría del trabajo que iba a ser consecuencia de una transformación social por la que el trabajador se sacudiría el yugo de sus capataces, lacayos de los capitalistas. Se trasluce esta esperanza en unos renglones de la carta a Josefina Manresa fechada en Madrid el 18 de febrero de 1937: «A tus hijos, a mis hijos, les enseñaré a trabajar, sí, porque el trabajo es lo más digno en el hombre, pero a trabajar con alegría y sin amos que los hagan sufrir con insultos y atropellos»[11].

Otra concomitancia entre ambos textos estriba en que en los dos aparece la imagen de la caballería. Tampoco puede extrañar si se lee el artículo «Los hijos del hierro», que Miguel Hernández insertó con el pseudónimo «Antonio López» en el mismo número de *Frente Sur*, el 123, en el que había publicado tanto el poema «1.º de mayo de 1937» como la prosa poética «Fiesta del trabajo». En «Los hijos del hierro» compara Hernández el trabajo al trote de un caballo. Al respecto, dice de los maquinistas del ferrocarril que «llevan restos de humo sobre la frente, y sobre la piel las huellas puras que el trabajo deja con sus cascos de caballo poderoso»[12]. Pero donde la imagen resulta más impresionante es en el poema «La fábrica-ciudad», de *El hombre acecha*:

> Fragor de acero herido, resoplidos brutales,
> hierro latente, hierro candente, torturado,
> trepidante, piafando, rodando en espirales,
> en ruedas, en motores, caballo huracanado[13].

Poesía y revolución obrera

Un factor indudable que vincula los dos textos de M. Hernández es su dimensión poética. En efecto: el primero de mayo ha sido motivo de no pocos poemas, y de numerosísimos artículos, pero raramente ha pretextado una prosa lírica como «Fiesta del trabajo». Basta confrontar este escrito con los artículos suscitados periódicamente por la ocasión, y se comprobará que el artículo hernandiano se distingue por el contenido y los tonos poéticos. A modo de ilustración, podría aducirse la causa que invoca el escritor para razonar el haberse instituido la efemérides, es decir «En mayo ocupa el trabajo su mediodía. Por eso los jornaleros aprovechan su fecha primera para festejarle». Se trata de un punto de vista puramente poético, aunque es una creencia veraz, como atestigua

un profundo conocedor del movimiento obrero, para quien «La elección de la fecha se debe al deseo de que el inicio de la primavera simbolice el principio de una nueva era de igualdad y de paz entre los hombres, en virtud de un cambio de estructuras protagonizado por las clases trabajadoras»[14].

La necesidad de una jornada que demostrase la fuerza del trabajo fue una decisión que obedeció a propuestas políticas, pero ubicar esta jornada en el día en que principia mayo fue una opción en la que tuvo que ver el pensamiento poético, y Hernández refleja éste, y prescinde de si el acuerdo de establecer la fecha fue tomado por los socialistas en 1989, en el congreso que fundó la Segunda Internacional, o si se debe a los anarquistas, en memoria de las manifestaciones de principios de mayo de 1886, en Chicago, que se saldaron con la ejecución de cuatro anarcos. Estas causas políticas se rememoran con propiedad en un artículo convencional: lo demuestra el que redactó Eugenio Noel con el lema «Primero de mayo: el espíritu de 1886». Pero no se rememoran en un artículo como el de Hernández, en el que lo poético apenas deja margen a lo periodístico.

La índole poética de los textos hernandianos también se distingue merced al desarrollo que alcanza el subtema de la efervescencia primaveral de la naturaleza, un subtema nuclear en una composición como «Primero de mayo, 1937», de Emilio Prados, pero relegado casi por completo en el «Primero de mayo», de Lorenzo Varela. Todavía más poética, si cabe, es la ligazón que realiza Hernández entre trabajo y amor, ligamen insólito en los versos que se inspiran en el primero de mayo, pese al tradicional correlato entre mayo y eros, una faceta que el poeta no desaprovechó en virtud del lirismo de ella dimanante. Un lirismo muy semejante se había expresado dilatadamente en *El labrador de más aire*, y en concreto en boca de Quintín[15]. La crítica ya señaló la similitud entre el parlamento de este personaje y la célebre canción del *Peribáñez* que empieza «Dente parabienes / el mayo garrido». Canción del florecer de la naturaleza y del amor humano en Lope de Vega, y versos líricos que se enmarcan en un mayo panerótico en Hernández, a propósito del uno de mayo identificará el poeta originalmente el amor con una faceta del trabajo, culminando así la glorificación máxima del día de los trabajadores.

Pese a que el carácter poético de ambos escritos de M. Hernández resulta indiscutible, no parece menos cierto que también revisten entidad poética otras opciones temáticas, acaso de más calado ideológico. Por ejemplo, la que plasmó Arturo Serrano Plaja en su poemario *El hombre y el trabajo*, un libro editado en 1938 por «Hora de España», en el que se escribe la poesía del dolor laboral, no la del placer de trabajar. Fechado en Teruel en enero de 1938, leemos en el prólogo de este conjunto poético: «Mirando la realidad cara a cara, viendo el trabajo como fatiga, como dolor (los términos fatigas, trabajos, penas, son sinónimos, en el lenguaje popular, para expresar la dureza de la vida) me parece lícito intentar la poesía del trabajo»[16].

Es obvio que los textos hernandianos que estamos comentando poco tienen que ver con esta honda filosofía de Serrano Plaja. Sin embargo, no es lícito concluir que Hernández no la compartiera, sino todo lo contrario, como lo demuestran algunos de sus poemas de la guerra, en los que se plasma una visión dolorida, y desgarrada, del mundo del trabajo. Hay que pensar, por tanto, que en sus textos sobre el primero de mayo eligió un punto de vista que Marie Chevalier no ha dudado en calificar como superficial, optimista y carente de realismo[17], pero que responde excepcionalmente a dos escritos que, amén de rendir tributo acrítico a una conmemoración, se concibieron en unos momentos en los que Hernández debió creer que era necesaria una proclama entusiasta y lírica a vueltas de los valores del trabajo, aunque se resintiera la verosimilitud discursiva por la escasa complejidad de la misma. Piénsese, por lo demás, que la endeblez teórica tam-

bién hubiera podido consistir en la redacción de un artículo de circunstancias, en un comentario partidista, y en cambio el tema le llevaría a crear «la prosa más fogosamente lírica de cuantas escribió en este período»[18]. Una vertiente interesantísima en los escritos de Miguel Hernández se cifra en el valor histórico que otorga al mayo de 1937. En «Fiesta del trabajo», leemos: «Este mayo, mientras la pólvora exige fuego con más ansia que en los demás meses, va, tal vez, a decidir la victoria del pueblo, que lucha como las espigas paneras contra el fascismo de malos jaramagos y tizones»[19]. Esta posibilidad de que triunfase la causa revolucionaria anti-fascista se exterioriza apretadamente en un verso de su poema: «Deseo a España un mayo ejecutivo». Nada semejante en «Primero de mayo», de Varela, en cuyo título no consigna año alguno, aunque se fecha en el de 1937[20]. En «Primero de mayo, 1937», de Emilio Prados, se hace referencia genérica a la situación de la guerra por entonces («si hoy media España está libre, / aún hay media España presa»)[21], pero tampoco se transmite la sensación de que el mayo de 1937 fuera una encrucijada decisiva. Miguel Hernández, en cambio, anhela y vislumbra la importancia crucial que en uno u en otro sentido tendría para la clase obrera española el mayo de 1937 enmarcado en tiempo de guerra, mayo en el que pudiera haberse hecho realidad el doble objetivo que manifestaba el poeta, meses antes, en el artículo «Para ganar la guerra»: «Que las frentes no tengan más que una preocupación: *ganar la guerra*. Que en los corazones no haya más sentimiento que éste: *defender la revolución*»[22]. Y en alguna medida pudo creer que este propósito se iba cumpliendo al vivir la coincidencia entre la jornada del trabajo y la toma de la Cabeza, rendición que narraría como corresponsal de guerra en *Frente Sur*, número 13 (6 de mayo del 1937).

Y es que el mayo de 1937 no fue una mera reedición de un mayo anterior. Fue un mayo con unas expectativas inusitadas, ya que ocurrió en un momento de cambio colectivista que daría lugar a la controversia entre quienes abogaban por el término de la guerra y por materializar luego la revolución, y entre los que defendieron que había que concluir el proceso revolucionario para acelerar el final de la contienda bélica. La controversia resultó ineficaz, y sangrienta, pues en Cataluña, por ejemplo, trajo el grave perjuicio de que al cabo no se celebrara aquel mayo revolucionario, y lo que es peor: en la capital catalana se produjo una batalla encarnizada y con barricadas entre los abanderados radicales del comunismo, y los libertarios. Incluso se ha creído que el poema de Hernández reflejaba tales luchas intestinas entre los convocantes del primero de mayo de 1937[23]. Pero entendemos que ninguno de los dos textos da pie para interpretar que el poeta se hiciera eco de la polémica acerca de la antecitada priorización, una polémica que causó cientos de muertos sólo en Barcelona, sucesos que se gestaron dos días más tarde del sábado 1 de mayo de 1937, fecha del número 12 de la revista *Frente Sur*, número que inserta los escritos hernandianos.

NOTAS

[1] Miguel Hernández: *Poesías Completas*. Edición de Agustín Sánchez Vidal. Madrid: Aguilar, 1979, 20.

[2] *Ibídem*, 311.

[3] *Id.*, 591.

[4] Cf. Miguel Hernández: *Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados*. Edición de Juan Cano Ballesta y Robert Marrast. Madrid: Ayuso, 1977, 147-8.

[5] Cf. Miguel Hernández: *Teatro Completo*. Edición de V. Pastor Ibáñez, M. Rodríguez Maciá, y J. Oliva. Madrid: Ayuso, 1978, 188-9.

[6] Cf. Miguel Hernández:: *Viento del pueblo*. Edición de Juan Cano Ballesta. Madrid: Cátedra, 1989, 108.

[7] Cf. Gabriele Morelli: *Miguel Hernández*. Firenze: Il Castoro, 1975, 56.

[8] Cf. *Al Ataque,* 3 (23-I-1937). Véase *Poesía y prosa de guerra,* 104.

[9] Cf. *Viento del pueblo*, ed. cit., 110-1.

[10] Cf. *Ibídem*, 113.

[11] Miguel Hernández:: *Cartas a Josefina*. Madrid: Alianza, 1988, 177.

[12] Cf. Juan Cano Ballesta: «Unas prosas desconocidas de Miguel Hernández», en *Estudios sobre Miguel Hernández*. Murcia: Universidad, 1992.

[13] Cf. *Poesías Completas*, 560-1.

[14] Véase el artículo de Albert Balcells: «El 1.º de mayo y su historia». *La Vanguardia* (1-V-1982).

[15] En el primer acto, cuadro segundo, escena primera. Cf. *Teatro Completo*, 292 y ss.

[16] Cf. Arturo Serrano Plaja: *El hombre y el trabajo*. Edición de Francisco Caudet. Madrid: Ediciones de la Torre, 1978, 11.

[17] Véase Marie Chevallier: *Los temas poéticos de Miguel Hernández*. Madrid: Siglo XXI, 1978, 248.

[18] Cf. Ricardo Blasco. «Miguel Hernández, corresponsal de guerra (y II)», en *Nueva Historia* (mayo, 1977): 72.

[19] Edición citada, 148.

[20] Cf. el poema de Lorenzo Varela en la recopilación *Poetas en la España leal*. Madrid-Valencia: Ediciones Españolas, 1937, 149-50.

[21] Cf. el poema de Emilio Prados en el *Romancero general de la guerra de España*. Madrid-Valencia: Ediciones Españolas, 1937, 292-3.

[22] Cf. *Al Ataque*, 2 (16-I-1937). Véase *Poesía y prosa de guerra*, 101.

[23] Esta hipótesis, así como nuestra posición contraria, en nuestro artículo «Poesía española del primero de mayo». *Albaida* (Zaragoza), 4 (Invierno, 1977): 12-5.